



WALTER TEVIS
LAS HUELLAS DEL SOL

Traducción del inglés de Rubén Martín Giráldez

IMPEDIMENTA

Para Eleanor Walker,
el doctor Herry Teltscher y Pat LoBrutto

Oh, girasol, hastiado del tiempo,
que sigues las huellas del sol
buscando ese dorado asiento
donde el periplo llega a su fin.

WILLIAM BLAKE, *Cantos de experiencia*

CAPÍTULO 1

Cuando me sedaron regresé como un rayo a mi infancia en la Tierra y me quedé ahí, en una especie de duermevela, durante dos meses. A ratos notaba la trepidación del motor de la nave, de los tubos brillantes que me alimentaban, de las máquinas que mantenían en forma mi cuerpo y de la voz suave de mi instructor, pero la mayor parte del viaje la pasé en casa de mi padre en Ohio, con los olores del humo de su puro y sus libros, y con el respeto que me producían de niño los certificados y diplomas colgados en la pared empapelada detrás de su escritorio. El papel era de flores azules desteñidas; parecía que pudiera verlas con más claridad desde mi cabina de capitán en mi nave interestelar que en la infancia. Nomeolvides. Había una mancha amarronada cerca del techo por encima de un diploma enmarcado que decía DOCTEUR DE L'UNIVERSITÉ HONORAIRE. Yo me sentaba en el suelo enmoquetado de verde y clavaba la mirada en la mancha, callado. Mi padre, también callado, leía un libro viejo en alemán, francés o japonés, parándose de vez en cuando a tomar alguna nota en una ficha o a encenderse un puro. Nunca me miraba ni se daba por enterado de mi presencia. Mamá

estaba fuera; a mi padre le había tocado cargar conmigo. Me sentía culpable: estaba ocupado, su trabajo era importante, yo era un incordio para él. Debí de quererlo muchísimo... Sus raras y tímidas sonrisas, su calma. Ni siquiera tenía esperanzas de que me llegase a explicar su trabajo un día. Cuando murió, yo seguía sin saber nada de aquella historia antigua sobre la que se pasó cavilando toda la vida. Jamás he leído sus libros. Hice que lo enterrasen en un cementerio excelente, contento de ser lo bastante mayor y contar con el dinero suficiente para organizarlo todo como es debido. Cuando murió, yo tenía veintitrés años y ya era rico. Mi padre era un erudito —famoso en el mundo entero, me contó mi madre— y le iba la pobreza refinada. Lo quise con toda mi alma, en silencio.

Casi me despierto una vez aquí en la nave cuando mi instructor se despistó y una de las máquinas de ejercicio físico me tensó en exceso los músculos del abdomen. Por un instante, me vi tumbado boca arriba en un sillón de cuero rojo, gruñendo al techo contra los resortes de acero del gimnasio de la nave mientras me resbalaban por toda la cara lágrimas calientes. Aquel dolor fugaz me había sacado de mi viaje onírico al despacho de mi padre. Los nervios tensaban el semblante del instructor. Como a través de un tabique, oí su voz alarmada diciendo «Disculpe, capitán Belson», y yo murmuré algo sobre el amor y volví a sumirme en mi sueño químico. Lo que me sorprendió fueron las lágrimas. No había llorado en el funeral de mi padre. No hice duelo. Apenas había pensado en él en treinta años. Y ahí estaba, con cincuenta y dos, en los negros confines de la Vía Láctea, llorando por él como una Magdalena. Al dormirme volví a su despacho y me quedé sentado en el suelo con las piernas cruzadas, en silencio. Observé su concentración en el escritorio. Desde algún punto externo a mí oí el zumbido de la nave y me regocijé, propulsado más allá de la velocidad de la luz hacia constelaciones totalmente fuera del alcance de la comprensión de mi padre.

Me despertaron dos semanas antes del aterrizaje. La tripulación la integraban diecisiete personas. La nave era mía; la había comprado un año antes. Nos dirigíamos hacia un planeta inexplorado de la estrella Fomalhaut, conocido como FBR 793. Era mi primer viaje fuera de la Tierra.

Nunca me ha costado despertarme. Tengo un punto asilvestrado que se activa cuando me despierto. Estaba tumbado en mi camarote y el médico y el copiloto de la nave esperaban de pie a mi lado. El médico me tendía una taza de café. La ignoré un instante mientras miraba alrededor. Habían pintado la habitación de azul claro como había dejado dicho; recordé vagamente el olor de la pintura fresca en mi nariz dormida. A mi derecha había un ojo de buey y, casi en el centro, una estrella cristalina de una luz cegadora contra el terciopelo negro. Estiré los brazos y las piernas, giré la cabeza a un lado y a otro. Noté la fuerza de mi cuerpo; la notaba en los pectorales, los bíceps, los músculos de los muslos; la sensación de poder me embargó como una euforia serena. Me palpé el estómago; la barriga había desaparecido.

Volví a mirar al médico, me incorporé sin pensármelo dos veces y cogí la taza. Había un jarrón blanco de porcelana con rosas rojas en el escritorio junto a mi cama.

—Gracias por las flores —dije.

—Me alegra haber podido cultivarlas —respondió el médico—. ¿Qué tal la cabeza? ¿Algo de resaca?

—Ni una pizca, Charlie —dije.

Era verdad. Me encontraba de maravilla. Le di un sorbo al café y noté cómo penetraba en la pura oquedad de mi estómago.

—No te lo bebas tan rápido —dijo Charlie—. Si ya es malo de por sí...

Le había pedido que me tuviese el café preparado.

—Me conozco bastante bien —le contesté, y seguí sorbiendo.

—Es un yo nuevo —me dijo el médico.

Lo miré por encima de la taza, por encima de la franjita roja que ribeteaba el borde de porcelana.

—Charlie, es un yo nuevo, pero le sigue gustando el café.
—Me tomé la mitad y dejé la taza. Salí de la cama, un poco lento. Estaba desnudo y bronceado. Tenía buen aspecto. Las lámparas ultravioletas me habían decolorado el vello de brazos y piernas—. Vamos al puente de mando —dije.
—De acuerdo —dijo el copiloto, sorprendido.
—Y mientras me visto, a ver si me puede conseguir un sándwich.

Aún estábamos demasiado lejos como para ver el planeta. Podría haber dormido otra semana, porque tenía muy poco que hacer despierto. En general, nadie tenía mucho que hacer en la nave. Pero dos meses de sueño habían bastado para ponerme en forma y evitar un aburrimiento excesivo. Quería leer un poco. Quería comprobar lo que se sentía siendo el capitán-proprietario de la nave espacial. Era el primer hombre de la historia en tener una y quería saborear la experiencia.

El puente de mando era un semicírculo de seis metros de diámetro, perpendicular al sentido de la aceleración de la nave. La aceleración era constante a $1/5 g$ incluso en nuestro pliegue espacio-temporal, y nos proporcionaba peso suficiente para caminar. Para ejercitarme usaba las máquinas de gravedad cero marca Nautilus, a base de resortes y levas. No había olimpiadas intergalácticas, pero, de haber existido, se habrían usado estas máquinas para preparar a los atletas. Me sentía capaz de ganar una medalla de oro.

El sándwich resultó ser de jamón de Virginia y gruyer. Con tanto frío y con el vacío que nos rodeaba, la conservación de alimentos era fácil y teníamos de sobra. Era un buen sándwich, pero con medio ya se me llenó el estómago encogido. Le di la otra mitad al copiloto.

—¿Cómo vamos de uranio? —pregunté.
—Perfecto. Exactamente como habíamos calculado. Podríamos repetir el viaje sin repostar.

El puente de mando era en su mayor parte una cubierta vacía enmoquetada de beis. Su corazón lo formaban un par de enormes ordenadores y un panel de interruptores. No mucho más complicado que una locomotora. Tenía seis escotillas rectangulares y las estrellas que se veían eran espléndidas, aunque al rato aburrían. Las había visto antes de dormir y me quedé impresionado, pero solo unos momentos. El primer vistazo es espectacular; no hay ningún cielo helado de montaña en la Tierra donde se vean brillar así las estrellas. Pero, en mi opinión, el interés del océano durante un viaje marítimo es más continuado. Tiene vida, a diferencia de este panorama interestelar, por mucho que encandile. Si al final resulta que es la manifestación visible de un dios, a mí no me impresiona. No necesito una deidad indescifrable; con la indescifrabilidad de mi padre ya tuve bastante. Tengo mucho que hacer con mi vida. No necesito dioses demasiado lejanos como para revelármese ni ninguna presencia tras el resplandor de las estrellas.

No soy un Ahab chiflado. Soy un hombre de negocios en busca de uranio. La Tierra ha malgastado casi todo el que tenía. Acumulé todo lo que pude para alimentar esta vieja nave china y había apostado la mitad de mi fortuna (en una corazonada estilo Schliemann) a que habría uranio en un planeta de Fomalhaut. «La Burbuja de Belson», lo llamó el *Chicago Tribune*. Bueno, pues que le den al *Chicago Tribune*.

—Capitán —dijo el copiloto—, ha llegado un mensaje mientras usted dormía.

Asentí.

—Más tarde. ¿Qué tal el huerto?

—Mejor aún de lo planeado. Ya ha visto las rosas. Llegó a la tercera semana de viaje...

Me quedé mirando su cuerpo rollizo y su calva incipiente.

—Bill. He dicho que más tarde.

—Perdón.

—Vamos a ver el huerto.

Cruzamos una pasarela, bajamos una escalerilla pulida con peldaños antideslizantes. Entre la baja gravedad y mis espléndidos músculos nuevos me sentía como una araña en la flor de la vida descendiendo por un radio de su nueva tela. Llevaba unos vaqueros azules desgastados, una camiseta gris y unas zapatillas de deporte con suela de goma. En gravedad baja es fácil resbalar y, aunque pesas poco, puedes hacerte daño por tu masa.

Era una visión impresionante. Gradas y gradas de rosas exuberantes verdes, amarillas y rojas salpicadas entre plantas comestibles, muchísimo más fascinantes para mí que las estrellas del exterior. *Los jardines colgantes de Babilonia*, dijo mi mente casi en voz alta. Había aguacates macizos, naranjas, uvas y patatas en flor, guisantes con flores azules y enormes enredaderas de judías Kentucky Wonder. El aire era húmedo y acre, me calentaba las mejillas. Cuando cruzamos a zancadas flotantes una puerta hermética, un aire cálido nos acarició el cuerpo. Era como el crepúsculo húmedo de los trópicos. Follaje, flores y aire húmedo y cálido; se me henchía el corazón. Todo aquello era mío.

Arranqué una mandarina de un árbol cargado de fruta que crecía en un tiesto metálico, y la pelé. Estaba deliciosa.

—Vale, Bill —dije—. Ya podemos ver ese mensaje.

SE LE ORDENA POR LA PRESENTE TENGA A BIEN PONERSE BAJO ARRESTO DOMICILIARIO Y VOLVER A LA TIERRA DE INMEDIATO. SU COMBUSTIBLE DE URANIO QUEDA CONFISCADO POR ORDEN DE ESTE TRIBUNAL. SE LE ACUSA DE VIOLACIÓN DEL CÓDIGO ENERGÉTICO DE LOS ESTADOS UNIDOS. SE LE INFORMA POR LA PRESENTE DE QUE EL VIAJE ESPACIAL SE CONSIDERA UN DELITO DE ALTA TRAI-CIÓN, PUNIBLE CON UNA PENA DE CÁRCEL DE HASTA VEINTE AÑOS, Y DE QUE EL DESPERDICIO DE COMBUSTIBLE CONSTITUYE ASIMISMO UN DELITO DE ALTA TRAI-CIÓN. SE LE ACUSA DE VIAJAR SIN UN PASA-PORTE VÁLIDO Y DE CONSPIRAR CON TERCEROS PARA INFRINGIR LAS LEYES DE LOS ESTADOS UNIDOS.

SI NO SE PERSONA ANTE ESTE TRIBUNAL EL 30 DE SEPTIEMBRE DE 2063 SE LE REVOCARÁ SU CIUDADANÍA Y SUS PROPIEDADES SERÁN CONFISCADAS.

TRIBUNAL DEL DISTRITO
MIAMI

—¿A qué estamos? —le pregunté a Bill.

—Nueve de octubre de 2063.

Estaba sentado en la silla Eames de mi camarote. Bill se quedó de pie a mi lado, esperando por si había respuesta.

Solté el papel encima de mi mesa.

—Dígame que lo siento, pero que no podemos dar la vuelta. Diga que los retropropulsores están fallando. —Había una mesita china lacada junto a mi silla. Puse ahí la taza de café—. ¿Ningún mensaje de Isabel?

—¿Isabel?

—Isabel Crawford. De Nueva York.

Bill negó con la cabeza.

—No, capitán.

—Gracias, Bill. Me gustaría estar a solas un rato.

—Claro, capitán —contestó, y se marchó.

A mi derecha tenía una biblioteca que seguía la leve curva del casco de la nave, desde el suelo hasta el techo del camarote. Estaba repleta de libros: novelas, relatos, biografías, psicología, poemas. En la estantería más alta, encuadernados en cuero, los siete volúmenes de historia americana que escribió mi padre, William T. Belson, profesor de Historia de la Universidad de Ohio. Los tenía desde hacía treinta años y había abierto cada volumen una sola vez, durante un minuto o así. Entonces me quedé un buen rato observándolos, sentado en mi camarote de capitán en aquel absurdo viaje de descubrimiento, pero cuando me levanté para coger un libro fue *Los embajadores*, de Henry James.

FBR 793 se hizo visible el día antes del aterrizaje. Primero lo vi como una pequeña media luna a centenares de millones de kilómetros de Fomalhaut. No es que me emocionase mucho; simplemente estaba ahí, un objeto celestial deshabitado, un planeta que aparecía tipificado en los mapas como «de muerte inminente». Nadie había puesto el pie allí jamás; lo habían estudiado desde una nave en órbita hacía unos cuarenta años. La nave que lo fotografió no tenía suficiente combustible para aterrizar y despegar de nuevo, ni siquiera en aquella época rica en uranio.

FBR 793 era el vigesimotercer planeta extrasolar descubierto y, al igual que el resto, carecía de formas de vida avanzadas. Independientemente de los motivos oficiales que se dieran sobre las exploraciones llevadas a cabo por Estados Unidos, la República Popular China y los japoneses, solo había dos motivos reales para mandar naves a surcar la Vía Láctea. Una era el deseo descabellado de encontrar vida inteligente fuera de la Tierra, como si no hubiese ya suficiente en la Tierra, ¡y la mayor parte pasándolas canutas! La otra era la esperanza de encontrar combustible barato.

Pues bien, nadie encontró vida, ni inteligente ni de ningún otro tipo. Y no había muchos planetas. La mayoría de las estrellas no tenían planetas. Y nadie encontró uranio ni nada que no fuese granito, caliza, pedernal y desolación. El proyecto fue un fracaso y se abandonó. Yo lo había retomado en mi edad adulta, en eso que en la época sobre la que escribía mi padre llamaban «una crisis de la mediana edad». Un día, un geólogo me contó en un picnic playero, mientras escupía pipas de sandía sobre la arena coralina y acariciaba el brazo moreno de una mujer amorrorada, que había visto fotos de FBR 793 en algún sitio y que a él le olían a uranio inocuo.

—¿Qué es eso de «uranio inocuo»? —dije yo.

—Son elucubraciones de la gente del MIT. Si se forma uranio en un medio de una gravedad menor que la de la Tierra, sus características serán distintas. No sería radiactivo salvo dentro de un campo magnético. —Me miró—. Adiós a las fusiones nucleares.

—¡Hostial! —dije— Ahí habría pasta.

—Pasta a espuertas.

Me quedé allí tendido cavilando un rato. La marea se estaba retirando de la tranquila bahía donde estábamos apoltronados. Eran como las tres de la tarde y el sol refulgía sobre nosotros. Era Jamaica, creo. Aquella mañana había trabajado en mi escritorio del apartotel, había recibido una felación infructuosa a la hora del almuerzo, estaba aburrido del mundo de las fusiones empresariales, de las piñas y las papayas, de la música caribeña, de las mamadas insatisfactorias, del café Blue Mountain y de contar mi riqueza. Tenía cincuenta años y tres mil millones en el banco. *Qué coño —pensé—, los viajes espaciales tienen que ser más divertidos que esto. También serán mejor que suicidarse.* Me puse a telefonar a geólogos y a la gente que sabía de las pocas naves abandonadas que sus respectivos gobiernos no habían desguazado. Así es como empezó la Burbuja de Belson. Si aquella chica hubiese sido más eficaz a la hora del almuerzo a lo mejor no habría sucedido.

En algunos aspectos, supongo que mis ambiciones son estúpidas. Tengo más dinero del que puedo gastar, y eso desde los treinta y cinco años. Soy propietario de casas de campo, chalés, un yate, una mansión en Nueva York; sin embargo, no quiero llamar «hogar» a ningún sitio: lo último que quiero es un hogar. A menudo resido en hoteles o duermo en mi coche. No quiero un estudio como el de mi padre, un campo de batalla intelectual mudo, un reducto de autojustificación. Huiré de la vida a mi manera, me escabulliré de la realidad como me dicte mi temperamento. Me lo puedo permitir. Gano dinero con el carbón, la bolsa y el mercado inmobiliario, y sé cómo funcionan las cosas. El dinero no se mueve por fantasías salvo en el mundo del espectáculo, y yo no pertenezco al mundo del espectáculo.

Observé el planeta, mi planeta, el contorno medio dibujado por su sol, oscuro a medias, y dije:

—Lo llamaremos Belson.

¿Por qué no? Ya voy teniendo una edad.

Y Belson se llamó esa enorme y distinguida maravilla esférica. Cuando estuvimos más cerca advertí que tenía anillos. Eso no aparecía en los informes, y fue toda una sorpresa. El corazón me dio un vuelco al verlos a través de las ventanas del puente de mando, rojos y lavanda: los anillos de Belson. Cada vez estaba más interesado. Nos encontrábamos a unas cuantas horas luz, y Belson se veía gigantesco en la pantalla, una superficie verdigrís. Me encantaron los anillos.

La nave había comenzado a decelerar el día antes. Al principio nos quedamos sin gravedad, luego esta se invirtió y aumentó hasta alcanzar unos parámetros un poco por encima de los de la Tierra; aminorábamos rápidamente. Lo que antes estaba arriba ahora estaba abajo, dado que habíamos cambiado de polaridad. La nave había rotado ciento ochenta grados, y todos estábamos atados a los catres con correas. Durante unos instantes fue un delirio, y unos cuantos elementos pequeños que habíamos olvidado, como clips y el gato de la nave, flotaron frenéticamente mientras dábamos vueltas en medio de la gravedad cambiante. El gato rubio pasó a la deriva delante de mi cara arqueando el espinazo, alarmado. Cruzamos miradas. Sus ojos parecían culparme a mí por su situación.

—Lo siento —le dije.

Se suponía que el resto de la tripulación había estado usando el gimnasio, pero probablemente no fue así. Se notaba que el repentino incremento de peso les estaba pasando factura, pero mis músculos estaban preparados y fue agradable volver a pesar por un rato. Aquel último día de trayecto caminé muchísimo: por la sala de motores, el huerto, el puente de mando, las salas de almacenaje, de equipamiento y de investigación. Cada vez que pasaba por un puerto entre módulos miraba para ver mi planeta, Belson, que iba agrandándose. No hablé con nadie. El aterrizaje se llevaría a cabo en automático, con la supervisión de la piloto por si hiciese falta tomar los mandos. La piloto era una mujer

pelirroja de mediana edad; la había contratado con la posibilidad de un encuentro sexual en mente (tenía una cualidad maternal, y a mí eso me atrae).

A esas alturas ya me había dado cuenta de que no albergaba verdaderas ambiciones con respecto a Belson. Si encontrábamos uranio sería una alegría, pero era lo de menos. A lo mejor me había pegado todo aquel viaje para ponerle nombre al sitio, para establecer mi propio hogar fuera del mundo. Belson contaba con una atmósfera respirable y una temperatura agradable; se podía vivir allí si tenías comida y agua suficientes. Pero la estampa de un Ben Belson como ermitaño extraterrestre no me atraía, así que desestimé la idea.

Al primero a quien le hablé de mi proyecto de buscar uranio en el espacio fue a mi contable, un judío amable y barrigudo llamado Aaron.

—¿Para qué? —me preguntó.

Estaba bebiéndose una Perrier en P. J. Clarke's, era noviembre y podíamos ver por las ventanas que empezaba a nevar copiosamente.

Lo miré a los ojos y apuré mi ron con cola.

—Por dinero.

—¿Necesitas más dinero? —dijo Aaron.

Me reí con sorna.

—Por la aventura.

—No me lo creo —dijo—. Hay maneras más fáciles de vivir aventuras.

—El mundo necesita energía. Nadie va a resolver el problema de la fusión nuclear. El petróleo se ha acabado, salvo el que tiene almacenado el ejército. Han cerrado las plantas de fisión porque el uranio es peligroso. Y tal vez vayamos camino de una glaciación. Alguien tiene que encontrar energía en algún sitio o nos congelaremos, Aaron.

—Cuatro inviernos malos no hacen glaciación —contestó Aaron—. Tenemos madera de sobra para calentarnos. La población

va en descenso, Ben. Lo capearemos. —Rescató la lima de su Perrier y la lamió con aire conjetural—. Cuando éramos niños ya intentaron salir con naves al espacio y desistieron. Y eran expertos. Ahora lo han prohibido. En el espacio no hay más que desconsuelo.

Me caía bien Aaron. Era íntegro, serio y listo. Le gustaba hacer de abogado del diablo conmigo. Y me había dado en qué pensar.

—Vale, no es por aventura —dije.

—Entonces, ¿por qué es?

Le sonreí.

—Por la gamberrada.

Me miró y puso cara de circunstancias.

—Voy a pedirme una hamburguesa —dijo, y le hizo una seña a un camarero—. Lo de la gamberrada me lo creo. Lo vendemos como exploración en busca de recursos minerales, a ver si te consigo beneficios fiscales. Vamos a almorzar y a charlar de algo alegre.

Pedí un filete poco hecho, una *mousse* de chocolate y una jarra de cerveza. Aquella noche llamé a Isabel y la llevé a ver *Così fan tutte* en el Lincoln Center. En el intermedio le conté que estaba planeando intentar un viaje espacial. Lo asimiló, pero con asombro. Estábamos en mi palco de asientos rojos de terciopelo y yo iba medio borracho. La música era majestuosa. Durante el segundo acto me volví hacia Isabel con intención de meter suavemente una mano por debajo de su precioso vestido y vi que estaba furiosa.

—¿Qué pasa, cariño?

Me miró como quien mira a un niño indisciplinado.

—Creo que estás huyendo.

Salí de Nueva York al día siguiente para emprender mi búsqueda de una astronave. A veces la ciudad me deprime, ahora que hay tan pocos taxis y coches, no quedan árboles en Central Park y la

mitad de los restaurantes que conocía con veintitantos años han cerrado. Lutèce y el Four Seasons ya no están, pero hay un chiringuito de madera en el sitio que ocupaba Le Madrigal. ¡Y las tiendas! Cerró Bergdorf-Goodman, lo mismo que Saks y Cartier; Bloomingdale's es una cochera de autobuses de la Greyhound. Todo el mundo viaja en autobús o en tren, porque los aviones no funcionan con carbón. Nunca había sentido que ningún lugar de este mundo fuese realmente mi hogar. ¿Por qué no probar con otro mundo?

El aterrizaje fue perfecto y solo hizo falta una mínima ayuda de la piloto. Descendimos ligeros como una pluma en un punto donde era por la mañana. Por los ojos de buey la superficie de Belson refulgía con un resplandeciente negror grisáceo. Obsidiana. A cierta distancia había un campo de algo parecido a hierba. El cielo era de un verde mohoso con nubes como las de la Tierra. Cirrostratos y cumulonimbos, altos y blancos. Tenía buena pinta.

La piloto apagó el motor. El silencio era abrumador. Nadie hablaba.

Miré a Bill, el copiloto, al otro lado del puente de mando. Estaba registrando el aterrizaje en el diario de a bordo. Como debía ser. Me sentí tradicional y me entraron ganas de tener una orquesta en la nave para que tocase el himno nacional.

Tras unos instantes, Bill dijo:

—Voy a ponerme un casco y salgo.

—Alto —dije—. El primer hombre en pisar este planeta voy a ser yo. Veo en los indicadores que está todo en orden; no voy a ponerme casco.

Me chocó la energía de mi voz tras la calma que había sentido durante el aterrizaje.

Aquella noche, después de la ópera, Isabel me dijo:

—Ben, ojalá supieras tomarte las cosas con calma. Ojalá no anduvieras siempre precipitándote.

Y yo le contesté:

—Si no anduviera siempre precipitándome no tendría tanto dinero y no te tendría aquí junto a esta chimenea de mármol quitándote la ropa.

Isabel llevaba una falda-pantalón azul y medias del mismo color. Sus pechos desnudos eran como de muchachita y me conmovieron mientras los grandes leños chisporroteaban y Mozart todavía hormigueaba en mis oídos. Ya no vivíamos juntos, pero seguía existiendo una conexión entre nosotros.

Lo que había dicho la cabreó.

—No estoy contigo por tu dinero, Ben.

—Perdona, cariño. Ya lo sé. Es solo que siempre voy con prisas, por así decirlo, y no sé cómo frenar. A lo mejor este viaje es lo que necesito.

Me miró mal un momento. La concentración embellecía su cara y su piel resplandecía a la luz de la chimenea. Isabel es escocesa, y aquella tez escocesa suya (además de su voz encantadora) fue lo que me atrajo años atrás.

—Te odio por empeñarte en arriesgar tu vida —dijo—. No necesitas arriesgarla, Ben. No hay nada que demostrar.

Ay, Dios, tenía razón. No había nada que demostrar entonces y no hay nada que demostrar ahora. Y yo lo sabía. Creo que es una adicción.

De modo que salí presuroso por la escotilla de aquella nave a la superficie de oscura obsidiana de un matutino planeta Belson, me resbalé y me rompí el brazo derecho. Mientras mis diecisiete subordinados me observaban desde los grandes ojos de buey del puente de mando, di un traspie, un resbalón y una vuelta de campana, caí con todo el peso de mi culo sobre el brazo derecho doblado como un alambrito y solté un berrido. Me hice un daño horroroso. El aire de Belson era seguro y tenía un aroma agradable, musgoso; paladeé el olor a pesar de lo mucho que me dolía el puñetero brazo.

—Su puta madre —dije.